

Quizá porque hace mucho que practica la literatura sin coartadas ni concesiones, y además la conoce de veras, Juan Pablo Villalobos (México, 1973) huye como de la peste del prototipo de escritor comprometido, empecinado desde su falsa superioridad moral en cambiar el mundo. Nada más lejos de tamaña soberbia que la posición del Premio Herralde de Novela 2016 por *No voy a pedirle a nadie que me crea* y lo deja muy claro desde el comienzo: «No soy un escritor activista». Entre otras cosas, porque Villalobos sabe que en definitiva la literatura no puede cambiar nada y a lo máximo que tal vez deba aspirar un escritor no es a cambiar el mundo ni mucho menos, sino a narrarlo tal y como es con un mínimo de honestidad.

Eso es lo que hace el mexicano, padre de dos hijos y afincado en Barcelona desde hace unos años, en su debut a la no ficción con *Yo tuve un sueño. El viaje de los niños norteamericanos a Estados Unidos*, publicado por Anagrama. Y como sabe que se trata de material sensible, por el que la administración republicana del gran país del norte se ganó duras críticas en todo el mundo hace unos meses –aunque la situación no es nada nueva–, el autor también ataja de antemano la tentación de convertirlo en algo que no es: «No soy ningún experto sobre el tema, ni aspiro a serlo, pero me gustaría que Trump leyera este libro», concede.

De eso va *Yo tuve un sueño*, del relato en primera persona de un puñado de niños separados de sus padres que cruzan la frontera de EEUU y se arriesgan a todo, huyendo de la violencia, las pandillas, la droga, el hambre y la miseria. Un problema social que viene de mucho más lejos, al igual que el libro, las imágenes



El escritor Juan Pablo Villalobos. SANTI COGOLLUDO

Relatos de no ficción. Juan Pablo Villalobos narra el drama de un puñado de niños separados de sus padres que cruzan la frontera de EEUU huyendo de la violencia, la droga, el hambre y la miseria

«ME GUSTARÍA QUE TRUMP LEYERA ESTE LIBRO»

POR MATÍAS NÉSPOLO
BARCELONA

recienten impactaran al mundo al revelar que la administración de Trump permitía que migración encerrara a menores en jaulas separados de sus progenitores. «En 2014 se publicó que había 80.000 niños detenidos, o menores no acompañados, como los llama la administración americana, en la frontera mexicana», recuerda Villalobos.

Entonces el editor de una publicación digital, que había quedado prendado de su narrador niño de *Fiesta en la madriguera*, le encargó que entrevistara en Los

Ángeles a una menor salvadoreña y contara en primera persona su historia. Villalobos aceptó sin dudarle y al llegar allí, los abogados de la adolescente se lo hicieron. Pero el escritor en su defecto pudo contar con el testimonio de otros dos chavales, gracias a la ayuda de la ONG Carecen. Y su editor americano de Farrar Straus and Giroux al leer aquel reportaje digital le encargó este libro, traducido ya a varios idiomas, que Villalobos presenta en unos días en Berlín.

Yo tuve un sueño es el resultado de diez testimonios (cinco niños y cinco niñas entre de entre diez y diecisiete años) que Villalobos recogió en verano de 2016 entre Nueva York y Los Ángeles. Con ellos el escritor construyó doce relatos breves de no ficción, tan reveladores como desgarradores en más de un sentido, aunque sin golpes bajos. «Lo que más me preocupaba era respetar la dignidad de esos niños, sin hacer melodrama ni caer en el sentimentalismo fácil, y para ello tenía que borrar toda opinión o juicio y reproducir su manera de contar su propia historia», explica.

Aunque está claro que Villalobos utiliza «las herramientas de la ficción, a pesar de que el material sea no ficción», reconoce. Y de allí proviene la fuerza y la eficacia de las historias, en buena medida, logradas gracias a la condensada brevedad de cada relato.

«El tema ético me exigía no explotar el drama y respetar la entereza de esos niños», explica Villalobos, «porque si ellos mismos

relativizaban el sufrimiento del viaje y de su llegada a EEUU, quería decir que lo sufrido en origen, de lo que huían, era aún mayor». De allí, entre otras cosas, que el experto en la materia Alberto Arce, que firma el epílogo y las notas de la obra, caracteriza a estos menores como «refugiados» en toda regla, aunque no sea éste el trato que reciben de la migra americana. Para empezar, en las jaulas o «hieleras» en las que los detienen no entra el sol, ni tienen percepción de los días que pasan allí. Y suelen estar tan abarrotadas, que deben turnarse para dormir en posición horizontal, como cuenta Kimberly (nombre ficticio) en su relato *Voy a dormir un ratito yo*.

Y ello sin contar, con los peligros que ha sorteado al cruzar la frontera o durante el viaje de varios días desde su lugar de origen. Los diez testimonios provienen del triángulo formado por Honduras, Guatemala y El Salvador, con creces los mayores proveedores de migración infantil indocumentada en EEUU. Niños que huyen de la violencia del narcotráfico, del hambre y la miseria,

pero sobre todo de las pandillas. Un revés causado por «las políticas de deportación de pandilleros centroamericanos de Los Ángeles y Nueva York en los años 80», explica Villalobos. Pandilleros que hoy son dueños de las calles de sus respectivos países de origen.

Y para huir de ese infierno, los niños que tiene alguno de sus padres o familiar migrado al gran país del norte están dispuestos a todo, como los hermanos que entrevistó Villalobos para el relato *Prefiero morirme por el camino*. «Además de la presión técnica de estar a la altura de los testimonios, a veces tenía miedo de seguir preguntando, porque les hacía revivir el sufrimiento», confiesa el autor, recordando el llanto de una jovencita hondureña violada por los Zetas al atravesar México.

Truculencias y pesadillas que Villalobos reproduce con honestas elipsis y sutil condensación. «Me di cuenta que el libro sería largo, repetitivo y tedioso si reproducía los testimonios de manera íntegra y lineal. Tenía que depurar esos relatos y centrarme en los momentos cargados de sentido», explica. De allí entre otras cosas, la significativa y a la vez valiosa confusión con la que los niños narran su propia historia. Confusión o errores, mantenidos adrede, que el editor alemán le pedía a Villalobos que corrigiera en la traducción, y por su puesto se negó. «Es un error buscar una lógica narrativa, porque así lo vivieron y ese es su valor. Si un niño me cuenta que viajó en carro de Chiapas a Monterrey en pocas horas, claro que no es fiable», admite el escritor, que prefiere dejar a la imaginación del lector los motivos que habrá tenido ese niño para olvidar lo verdaderamente largo y puede que terrible que habrá sido ese viaje.